COMITÉ DE DESARME

CD/238
4 de febrero de 1982
ESPAÑOL
Original: ESPAÑOL/INGLES

CARTA DE 3 DE FEBRERO DE 1982 DIRIGIDA AL PRESIDENTE DEL COMITE DE DESARME POR EL REPRESENTANTE DE VENEZUELA, EN LA QUE SE TRANSMITE EL RESULTADO DEL ESTUDIO REALIZADO EN OCTUBRE DE 1981 POR LA ACADEMIA PONTIFICIA DE CIENCIAS, A PETICION DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II, QUE SE TITULA "DECLARACION SOBRE LAS CONSECUENCIAS DEL USO DE LAS ARMAS NUCLEARES

Tengo el agrado de dirigirme a Vuestra Excelencia en la oportunidad de solicitarle tenga a bien hacer distribuir como documento oficial del Comité de Desarme relacionado con el tema: "La cesación de la carrera de armamentos nucleares y desarme nuclear", el texto anexo titulado: "Declaración sobre las consecuencias del uso de las armas nucleares", el cual es el resultado del estudio realizado en octubre de 1981 por la Academia Pontificia de Ciencias a petición de Su Santidad Juan Pablo II.

(Firmado): Reinaldo Rodríguez Navarro
Embajador,
Representante Permanente

GE.82-60210

DECLARACION SOBRE LAS CONSECUENCIAS DEL USO DE LAS ARMAS NUCLEARES

Los días 7 y 8 de octubre de 1981, bajo la presidencia del Profesor Carlos Chagas, Presidente de la Academia Pontificia de Ciencias y en la sede de la Academia (Casina Pius IV, Ciudad del Vaticano), se reunió un grupo de 14 científicos especializados* procedentes de diversas partes del mundo a fin de examinar el problema de las consecuencias del uso de las armas nucleares para la supervivencia y la salud de la humanidad.

Aunque la mayoría de esas consecuencias son evidentes, no parece que su gravedad sea apreciada suficientemente. Las condiciones de vida después de un ataque nuclear serían tan difíciles que la única esperanza para la humanidad es evitar toda forma de guerra nuclear. La difusión y la aceptación universales de este conocimiento pondrían en claro que no se debe utilizar en absoluto ninguna arma nuclear en la guerra y que habría que reducir paulatinamente su número de manera equilibrada.

El grupo mencionado examinó y aprobó por unanimidad varios puntos fundamentales que en la declaración siguiente se exponen con mayor amplitud.

Las recientes referencias a la posibilidad de ganar una guerra nuclear o incluso de sobrevivir a ella indican a las claras que no se aprecia la realidad médica: toda guerra nuclear sembraría inevitablemente la muerte, la enfermedad y los sufrimientos en proporciones pandémicas sin ninguna posibilidad de intervención médica eficaz. Esa realidad lleva a la misma conclusión a que han llegado los médicos con respecto a todas las epidemias que han amenazado la vida durante nuestra historia: la prevención es indispensable para el control.

Contrariamente a una creencia muy difundida, se sabe mucho acerca de la catástrofe que seguiría a la utilización de las armas nucleares. También se sabe mucho acerca de las limitaciones de la asistencia médica. Si se comunicara este conocimiento a las poblaciones y a sus dirigentes en todo el mundo, quizá se contribuiría a detener la carrera de armamentos nucleares. A su vez, ello ayudaría a impedir lo que bien podría ser la última epidemia de nuestra civilización.

Aunque la devastación causada por una bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki ofrece pruebas directas de las consecuencias de la guerra nuclear, también disponemos de muchas evaluaciones teóricas para formarnos una idea de esas consecuencias. Hace dos años, una evaluación efectuada por un organismo oficial responsable describió el efecto que tendrían los ataques nucleares en ciudades de unos dos millones de habitantes. Si explotara un arma nuclear de un millón de toneladas (la bomba que se lanzó sobre Hiroshima equivalía aproximadamente a 15.000 toneladas de potencia explosiva) en el centro de una de esas ciudades, se calcula que quedarían destruidas las construcciones en 180 kilómetros cuadrados, que habría 250.000 muertes y 500.000 heridos graves. Entre estos heridos habría lesiones causadas por la explosión tales como fracturas, y desgarros graves de los tejidos blandos,

---

* Carlos Chagas, Río de Janeiro; E. Amaldi, Roma; N. Bochkov, Moscú; L. Caldas, Río de Janeiro; E. Hiatt, Boston; R. Latarjet, París; A. Leaf, Boston; J. Lejeune, París; L. Leprince-Ringuet, París; G. B. Marini-Bettòlo, Roma; C. Pavan, São Paulo; A. Rich, Cambridge, Mass.; A. Serra, Roma; V. Weisskopf, Cambridge, Mass.

lesiones térmicas tales como quemaduras superficiales, quemaduras de la retina y lesiones del sistema respiratorio, y lesiones debidas a la radiación, tanto el síndrome de irradiación aguda como los efectos retardados.

Aun en las mejores condiciones, el cuidado de esos heridos sería un trabajo médico de magnitud inimaginable. En el estudio se calculó que si en esas ciudades y en sus alrededores se dispusiera de 18.000 camas de hospital no quedarían más de unas 5.000 relativamente intactas. En ellas se podría acoger solamente al 1% de las personas heridas, y conviene subrayar además que, en todo caso, nadie podría prestar asistencia médica que necesitan unas cuantas, solamente, de las víctimas gravemente quemadas, aplastadas o irradiadas.

Lo desesperado de la tarea médica se ve a las claras si consideramos lo que se necesita para cuidar a los heridos graves. Citaremos un caso, el de un hombre de 21 años gravemente quemado que fue llevado al servicio de quemaduras de un hospital de Boston después de un accidente de automóvil en el que había explotado el depósito de gasolina. Durante su hospitalización recibió 140 litros de plasma congelado, 147 litros de glóbulos rojos congelados, 180 mililitros de plaquetas y 180 mililitros de albúmina. Fue sometido a seis operaciones en las que se cerraron heridas que afectaban al 85% de la superficie de su cuerpo mediante varios tipos de injertos, incluso de piel artificial. Durante su hospitalización necesitó oxigenación mecánica. Pese a estas y muchas otras medidas heroicas que pusieran a prueba los recursos de uno de los establecimientos médicos más completos del mundo, murió al trigésimo tercer día de hospitalización. El doctor que estuvo a cargo de él dijo que sus heridas eran semejantes a las de muchas de las víctimas de Hiroshima. Si se hubieran presentado 400 de esos pacientes al mismo tiempo en todos los hospitales de Boston, la capacidad médica de la ciudad quedaría desbordada. Ahora bien, considérese la situación si, además de haber muchos miles de heridos, la mayoría de las instalaciones médicas de urgencia hubieran sido destruidas.

Un médico japonés, el Profesor M. Ichimaru, publicó una descripción de los efectos de la bomba de Nagasaki que tuvo ocasión de presenciar. Dijo: "Traté de ir a mi Facultad de Medicina de Urakami, que estaba a 500 metros del hipocentro. Me encontré a muchas personas que venían de Urakami. Sus ropas estaban hechas harapos y de sus cuerpos colgaban jirones de piel. Parecían fantasmas con la mirada ausente. Al día siguiente pude llegar a pie a Urakami y vi que había desaparecido todo lo que yo conocía. Solamente quedaban las armazones de cemento y acero de los edificios. Había cadáveres por todas partes. En las esquinas de las calles teníamos depósitos de agua utilizados para apagar los fuegos después de los ataques aéreos. En uno de esos pequeños depósitos, en el que cabía escasamente una persona, estaba el cuerpo de un hombre desesperado que buscaba agua fría. De su boca salía espuma pero ya no estaba en vida. No puedo olvidar los lamentos de las mujeres que lloraban en los campos destruidos. A medida que me acercaba a la Facultad, veía cadáveres quemados de cuyos brazos y piernas sobresalían los bordes blancos de los huesos. Cuando llegué, había algunos que aún estaban vivos, pero no eran capaces de moverse. Los más fuertes estaban tan debilitados que se habían dejado caer al suelo. Hablé con algunos de ellos que creían iban a reponerse; sin embargo, todos morirían en un plazo de dos semanas. No podré olvidar nunca cómo me miraban y me hablaban...".

Debe señalarse que la bomba arrojada sobre Nagasaki tenía una potencia aproximada de 20.000 toneladas de TNT, no mucho mayor que las llamadas "bombas tácticas" destinadas a ser utilizadas en los campos de batalla.

Sin embargo, ni siquiera estas horribles escenas son suficientes para describir el desastre humano que causaría un ataque sobre un país con los arsenales actuales de armas nucleares, que contienen miles de bombas con la fuerza de un millón de toneladas de TNT o más.

Los sufrimientos de la población que sobreviviera serían indescriptibles. Se produciría una interrupción total de las comunicaciones y de los suministros de alimentos y de agua. Solamente se podría prestar ayuda con riesgo mortal de irradiación para quienes se aventuraran a salir de los edificios en los primeros días. No se puede imaginar la perturbación social que produciría un tal ataque.

La exposición a dosis masivas de radiación rebajaría la inmunidad contra las bacterias y los virus y, por lo tanto, podría abrir el camino a una infección general. La radiación causaría daños cerebrales irreversibles y deficiencia mental a muchos de los fetos. Aumentaría grandemente la incidencia de muchas formas de cáncer en los supervivientes. Los daños genéticos pasarían a las generaciones futuras en caso de que hubiera alguna.

Además, grandes zonas de tierras y bosques, así como el ganado, quedarían contaminados, lo que reduciría los recursos alimentarios. También es probable que se produjeran muchos otros efectos biológicos y geofísicos perjudiciales pero no disponemos de conocimientos suficientes para predecir con seguridad en qué consistirían.